

una calentura, adquirió una talla ajigantada (1). Ya es bien sabido que el cercen de la facultad prolífica, ó la castracion, como que pone el cuerpo en estado blando y laxo, permite á los individuos adquirir mayor medro y gordura.

La mayor parte de los gigantes son fofos, tardíos y endeblés; su vida es corta, y su salud delicada (2). Sus conceptos intelectuales son sumamente lánguidos; carecen jeneralmente de entereza y denuedo porque es suma la dificultad con que arrastran su enorme mole; de ahí es que ningun hombre muy alto suele ser grande. Estos individuos son jeneralmente menos robustos, activos y vigorosos, así en lo físico como en lo moral, que los hombres de corta estatura; su pulso no da á lo sumo mas que cincuenta y cinco latidos en cada minuto; y por último, corcóvanse muy temprano como los viejos.

Quizá se nos pregunte si es imposible que en lo antiguo hayan existido linajes de hombres gigantes. La tierra, mas jóven y mas fértil en otro tiempo, dicen los defensores de esta opinion, los Torrúbia, Lecat, etc., producía animales mas pujantes y especies mas colosales que las que actualmente vemos. Los glosopetros fósiles, que son dientes de peces escuales, son tres ó cuatro veces mayores que los mismos dientes de nuestros actuales tiburones mas desmedidos, segun observacion de Fabio Colum-

(1) Wierio, *Observ.*, páj. 40.

(2) Daniel Major, *Diss. de ærumnis gigantum in negotio sanitatis*. Kilonii, 1676.

na (1); y ¿no muestran los huesos fósiles del megaterio, del paleoterio, etc., descritos por Cuvier, y los de la mayor parte de los elefantes que se hallaron sepultados en diversos climas, unos individuos portentosos al lado de los mayores de nuestros tiempos? ¿Vemos aun en el dia, como antiguamente, ballenas de ciento y setenta pies de largo? Fuerza es pues confesar que estas especies colosales han menguado, no solo en estatura, sino tambien en número, y que quizás pueden extinguirse y para siempre desaparecer de la faz de la tierra. Bajo este supuesto pudo decir Virjilio que el labriego admirará algun dia los descomunales huesos de los primeros humanos sepultados bajo sus barbechos:

Grandiaque effossis mirabitur ossa sepultis.

VIRGIL., *Geórg.*, I.

Cierto que antes que nosotros nació la opinion de que los hombres y todas las producciones del globo iban á menos. Segun los antiguos Epicureos, la tierra es ya sobrado vieja y no enjendra animales de pujanza:

Jamque adeo fracta est ætas, effœtaque tellus,

Vix animalia parva creat, quæ cuncta creavit

Sæcla, deditque ferarum ingentia corpora partu.

LUCRET., *Rer. nat.*, lib. II.

Entre las razones que produce Haller contra la existencia de los gigantes de la antigüedad, alega que unos hombres de quince á veinte pies de alto

(1) *De glossopetris diss.*

dejarían de guardar relación con el trigo y los frutos que nos sustentan y el caballo que nos trae; que los árboles serían demasíadamente menguados para nuestros edificios, etc. Con todo, estas inducciones no tienen mucha fuerza, porque no prueban que todas las demás criaturas organizadas no fuesen tan ajigantadas como el hombre. No vemos que sea físicamente imposible la existencia de jigantes ó de linajes de hombres de siete á ocho pies, ó tal vez mas, aunque esto parezca en el día harto dudoso. Citarémos con todo un hecho reciente y muy notable.

En la tierra de Edel, hácia el rio de los Cisnes, Luis Freycinet (1) encontró huellas humanas de extraordinaria magnitud. Ya quinientos años antes de nosotros, dice dicho viajero, hizo Vlaming otra observacion semejante: « Observamos en la ribera inmediata varios pasos de personas de extraordinaria dimension. » Hanse visto además otros pasos y huellas enormes en la ensenada de Henrique Freycinet y en las orillas del rio de los Cisnes (2), y hasta se han divisado de lejos varios jigantes en la península Peron, en la tierra de Endracht (3). Es verdad que Freycinet admite que estos hombres fueron vistos de muy lejos, y que su aparente estatura ajigantada procedió de una ilusion de óptica, ó de los vapores

(1) *Voyag. de decouv. aux terres australes*, Paris, 1815, en 4.^o, páj. 178.

(2) *Idem*, páj. 204.

(3) *Idem*; Vease tambien Peron, *Voyage aux terres australes*, tomo II, páj. 201.

acuosos, tan ordinarios bajo los trópicos, y que abultan extraordinariamente los objetos.

Es fácil probar que el jénero humano, si es que haya podido menguar en algunas edades y bajo ciertos climas, ya sea por dejeneracion, ya por vicio de las costumbres, no ha disminuido visiblemente de estatura desde mas de cuarenta siglos á esta parte. Norden observa que los sarcófagos de los antiguos Ejipticos, en la pirámide mas encumbrada, no indican bajo ningun aspecto una estatura mas alta que la nuestra. Otro tanto se advierte en las momias que se han medido en las catacumbas é hipogeos ó subterráneos de Ejipto (1). Ponderen en buenhora los poetas la estatura ajigantada y las prendas sobrenaturales de sus héroes, tales como nos pinta Homero al fogoso Diomédes, hijo de Tideo, ó al arrojado Ayaz, ó al valiente Hector, lanzando contra el enemigo un enorme peñasco. Los ancianos que ensalzan continuamente los tiempos que fueron, porque se hallan quebrantados por la edad, sostienen que los hombres de otros dias eran mas robustos y valientes, como dice Juvenal:

Nam genus hoc, vivo jam decrescebat Homero:

Terra malos homines nunc educat atque pusillos.

(1) Norden, *Viaje á Egipto y Nubia*; Copenhague, 1755, fol., fig., tomo I, parte IV, páj. 75. Lo mismo puede decirse de las estatuas antiguas que el tiempo ha respetado. Las que no ofrecen una estatura colosal, sino comun, son de nuestro tamaño; si bien es verdad que para hacerlas aparecer mas sueltas y desprendidas de sus pedestales, debieron los artistas realzar un tanto su altura.

Sin embargo Homero, al hablar de la estatura de un hombre alto y bien formado, no le da mas que cuatro codos de elevacion y uno de ancho; ya es sabido que el codo griego y romano correspondia á un pie y medio. Vitruvio establece que la mas alta estatura del hombre es de seis pies romanos (ó seis pies y cinco pulgadas de Búrgos); de ahí es que Aristóteles da á los lechos seis pies de longitud, y afirma que la altura de las puertas de los edificios antiguos no es mayor que en las de los nuestros; por último, todavía subsisten anillos y diversas armaduras de los antiguos, por donde se deja conocer que su estatura no diferia de la nuestra (1). Riolan prueba además que las dosis de los purgantes, como la del eléboro negro que receta Hipócrates con el vino, son las que convienen á un hombre de regular robustez, puesto que no pasan de cinco óbolos, que equivalen á una draema (2).

La estatura actual y mediana del hombre es de cinco pies y tres ó cuatro pulgadas; la mitad de su altura se halla mas arriba de los huesos pubis, cuando es adulto y bien proporcionado, porque en los niños es mas largo el tronco y mas cortas las piernas. Si partimos en dos cada mitad de la altura humana, la superior se hallará hácia el medio del esternon, y la inferior en la rodilla. Los dos brazos estendidos en cruz ofrecen desde uno á otro estremo la dimension de la estatura; si cortamos en cua-

(1) Gorleo, *Dactyliotheca*; Montfaucon, *Antiquité expliquée*, etc.

(2) V. su *Jigantomaquia*, etc.

tro partes esta longitud, cada cuarto se hallará en el codo, y la mitad en medio del pecho. El centro comun de estas longitudes cae al ombligo. Tambien se puede trazar un círculo que pase por las estremidades de los brazos y de las piernas tendidas; otro círculo concéntrico la mitad menor pasará por las rodillas y los codos; de suerte que en un cuerpo bien constituido todas estas proporciones deben ser regulares.

II. Tampoco hay pueblos enteros de enanos, por mas que los antiguos los hayan colocado en las regiones mas áridas del ardiente suelo africano. Los antiguos Trogloditas, de que hablan los autores griegos (1), son parto de su fantasía; pues el pais que se suponía habitado por estos enanos está poblado de hombres de regular estatura: tal es la region de los Habeches ó la Abisinia (2), de donde sacan los Turcos soldados ájiles y robustos. Los supuestos pigmeos de los antiguos no eran, segun indicios muy fundados, mas que monos (3).

(1) Aristóteles, *Hist. animal.*, lib. viii, cap. xii.

(2) Ludolfo, *Comment. Æthiop.*, páj. 72; Salt, *Voyage en Abyssinie*.

(3) La mentirosa Grecia creó pigmeos que vivian en incesante guerra contra las grullas y se valian de perdices para uncirlas á sus carros (*Ateneo, Deipnosoph.*, lib. ix); requerian segures y podaderas para segar el trigo, que para ellos era arbolado (*Filostrato, en Ateneo, lib. ii*). Aristóteles admite la existencia de estos pueblos, que, segun él, vivian en cuevas ó madrigueras; Plinio los coloca en la Tracia, de donde dice fueron arrojados por las grullas (*Hist. nat.*, lib. iv, cap. xi), ó hácia la Seleucia y Antioquia, y especialmente en Etiopia,

El montañés de los Alpes y de los Pirineos, los Ligurios, los Marsos de los Apeninos, los Tirolianos cazadores, etc., son hombres pequeños, enjutos de carnes, nerviosos y ágiles como los Cántabros. Pero si bajamos á las llanuras bajas y húmedas, echarémos de ver una naturaleza muy opuesta.

Los pueblos de los países secos y áridos son por la misma causa mucho mas pequeños que sus vecinos de los valles bajos y húmedos, extremos muy manifiestos en Suiza y en todos los países montuosos. Esta observacion es asimismo aplicable á los animales y plantas de los mismos sitios, puesto que esta ley puede llamarse jeneral.

Los enanos que con harta frecuencia se encuentran entre todas las naciones no constituyen casta distinta; pues hasta ahora nadie ha probado lo que escribió el naturalista Commerson sobre los *Qui-mos*, especie de pigmeos de largos brazos, que, segun dicho autor, se encuentran en las montañas de

hácia las fuentes del Nilo; tambien los habia, segun dicho autor, en la India oriental, en los montes de los Prasios, y por último, mas arriba de los manantiales del Gánjes; estos eran conocidos con el nombre de *Spithamios*, porque nunca pasaba su estatura de tres palmos, *spithama*. (Plinio, *Hist. nat.*, lib. v, cap. xxix; lib. vi, cap. xix, y lib. vii, cap. ii, etc.) Estrabon, que fué mas juicioso, dice que la existencia de los pigmeos se fundó probablemente en la menguada estatura de los animales que viven en las rejiones acosadas de escesivos destemples; aunque por otro lado es muy cierto, añade el referido autor, que hasta ahora no ha habido hombre fidedigno que asegure haberlos visto. (*Geogr.*, lib. xvii.)

hácia la Selencia y Aniodius, y especialmente en Etiopia.

Madagascar (1); antes al contrario, Rochon y otros observadores no vieron mas que unos pocos individuos degenerados que bajo ningun aspecto constituian casta.

La conformacion de los enanos es comunmente muy irregular; porque tienen la cabeza muy desproporcionada, bien así como los niños y la mayor parte de hombres de corta estatura, el entendimiento torpe, el cuerpo mal proporcionado, los miembros torcidos ó raquíuticos; son de ordinario impotentes, ya entre sí, segun resulta de los experimentos que antiguamente hicieron los príncipes de la tierra (2), ya con otros individuos de comun estatura (3). El coito los quebranta y enflaquece en muy breve término y los conduce al sepulcro: así sucedió con el famoso Bebe, enano de Estanislao, rey de Polonia. Vese pues por lo dicho que la próxima naturaleza desalojó las monstruosidades de su seno, concediéndoles cortísima vida.

Hase observado que las naciones mas altas, bellas y robustas producen tantos enanos como las otras; así es que se han visto no pocos entre los Polacos y

(1) En las orillas del Hachita (América sept.), se ha hallado en un cementerio gran número de esqueletos de hombres adultos, segun se ha probado por sus dientes, y que jeneralmente no tenían mas de *cuatro pies de alto*.

Entre las islas de Banda, hácia Amboina, hay una que se supone poblada de pigmeos, cuya estatura no pasa de cuatro palmos. (Arjensola, *Conquista de las Molucas*, tomo i, lib. ii.)

(2) Luis Guyon, *Leçons diverses*, tomo i, lib. v, cap. vi, páj. 799.

(3) *Journal de médecine*, tomo xii, páj. 166.

los Lituanios, hecho que ya fué observado por Sesjismundo de Herbestein (1); tambien los vió este autor en la Samojicia, á pesar de que el pueblo es allí de muy alta estatura (2). Sin embargo, bajo los climas rigurosos, vense á veces lisiadas las funciones reproductivas de animales y vegetales, á causa del frio estremado; de ahí nacen aquellos embriones imperfectos que abortan muchas especies. En estos casos, no adquiriendo el individuo los cabales medros, permanece como esbozado y en la niñez; tales son los *homunciones* de los Latinos, los *piccoluomini* de los Italianos, y los *maniques* de los Flamencos, que sirven de solaz á los príncipes y á los grandes.

Fabricio de Hilden vió un enano cuya estatura no pasaba de cuarenta pulgadas; las *Transacciones filosóficas*, núm. 495, citan otro de treinta y ocho pulgadas y cuarenta y tres libras de peso. Gaspar Bauhin habla tambien de un enano de treinta y seis pulgadas (3); y el *antiguo Diario de Medicina* cita otros de solas veinte y ocho pulgadas (4). Cardano afirma haber visto uno de dos pies de alto, y Maillet, cónsul de Francia en el Cairo, dice haber visto algunos que no pasaban de diez y ocho pulgadas (5). Birch, en su *Coleccion* (6), cita uno de diez y seis

(1) *De Moscovia*.

(2) Escaligero, *De subtilitate, exercit.*, 263.

(3) *Philosoph. transact.*, n.º. 261.

(4) Tomo XII, páj. 167.

(5) V. Telliamed, tomo II, páj. 194.

(6) Tomo IV, páj. 500.

pulgadas, y que á pesar de eso tenia ya treinta y siete años: este enano es el mas pequeño que se ha conocido. Nicolas Ferry ó Bebe, enano del rey de Polonia, Estanislao, duque de Lorena, era el doble mayor, puesto que tenia treinta y tres pulgadas. Hemos visto el esqueleto de este último, cuyas piernas y espinazo presentaban las señales mas evidentes de raquitismo; así es que la mayor parte de esas menguadas estaturas son causadas por alguna enfermedad del feto; ó por la atrofia que causa su desmedro (1).

En 1818, vimos una enana nacida en Alemania y de edad de ocho á nueve años, la cual llegaba apenas á diez y ocho pulgadas, siendo su estatura y su peso iguales á los de un niño recién nacido; esta criatura era muy viva y juguetona; pero sus potencias igualaban á penas á las de un niño de tres ó cuatro años; su pulso daba unos noventa latidos por cada minuto; no empezó á andar ni á hablar hasta la edad de cuatro años; su primera denticion se verificó á los dos: esta niña vino al mundo despues del término ordinario del parto; su madre tenia cinco pies de alto, y su padre cinco pies y cinco pulgadas. En un parto anterior, esta misma mujer habia dado á luz un enano de algunas pulgadas de largo, pero, aunque nacido despues del término comun, murió á los pocos dias.

(1) Luis Guyon, *Leçons diverses*, tomo I, lib. V, cap VI, páj. 799; y el *Journal de Médecine*, tomo XII, páj. 169, aseguran, fundándose en la esperiencia, que estos enanos no pueden reproducirse entre sí.

Parece que la causa que produce estos individuos de tan corta estatura debe atribuirse á la estrechez del útero de ciertas mujeres y al escaso alimento que alcanza aquella parte.

En efecto, mujeres hay que abortan, porque su matriz es de suyo sobrado estrecha ó estremadamente irritable; de ahí nacen tambien aquellos estreñimientos espasmódicos que desalojan el feto antes del término regular. Cuando no se verifica el aborto en estos casos, puede el embrión permanecer endeble, enflaquecido y mal alimentado en todas sus dimensiones, ó, lo que es lo mismo, pueden nacer verdaderos enanos.

De estos hechos podemos concluir que el jénero humano no ha disminuido visiblemente en estatura ni degenerado, desde cuarenta siglos á esta parte.

Aunque es verdad que hay naciones de mas ó menos estatura, y se ven entre ellas individuos altos é individuos enanos, parécenos problemática la existencia de castas gigantes y enanas (1). La estatura mas jeneral en el jénero humano es entre cinco y seis pies, menos hácia los polos, donde queda entre cuatro y cinco.

ARTICULO QUINTO.

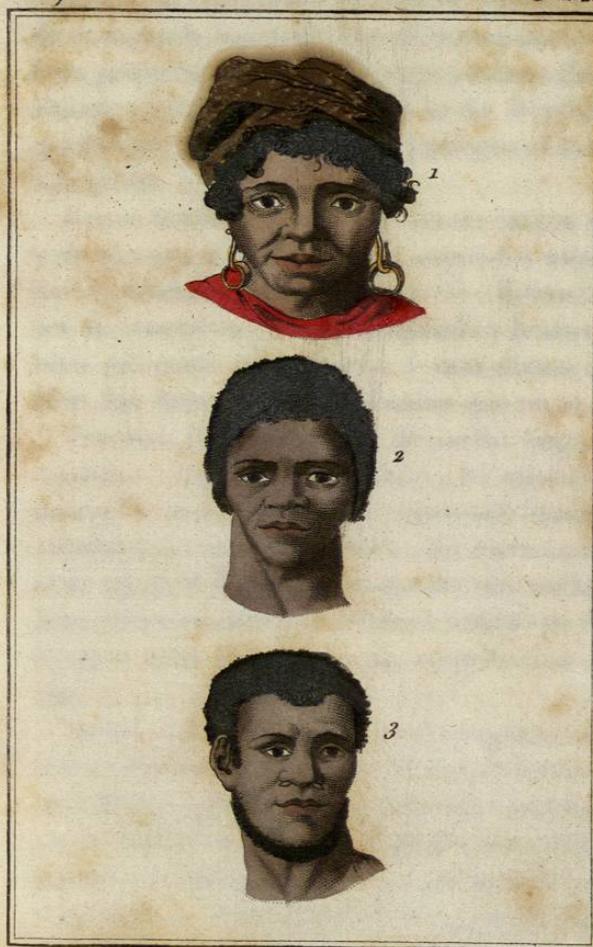
DE LAS VARIEDADES DE LA ESTATURA Y DE SUS EFECTOS.

La especie humana ofrece muchísimas desproporciones de estatura. Vense individuos de tronco alto

(1) Cristiano Fed. Jampert, *De causis incrementum corporis animalis limitantibus*, Halle, 1754, en 4°.

Lam. 7.

Tom. 2.



P. Alabera, g.

1. Mujer malaya de la Isla S^{ta} Cristina
2. Hotentote. 3. Mallicoles.